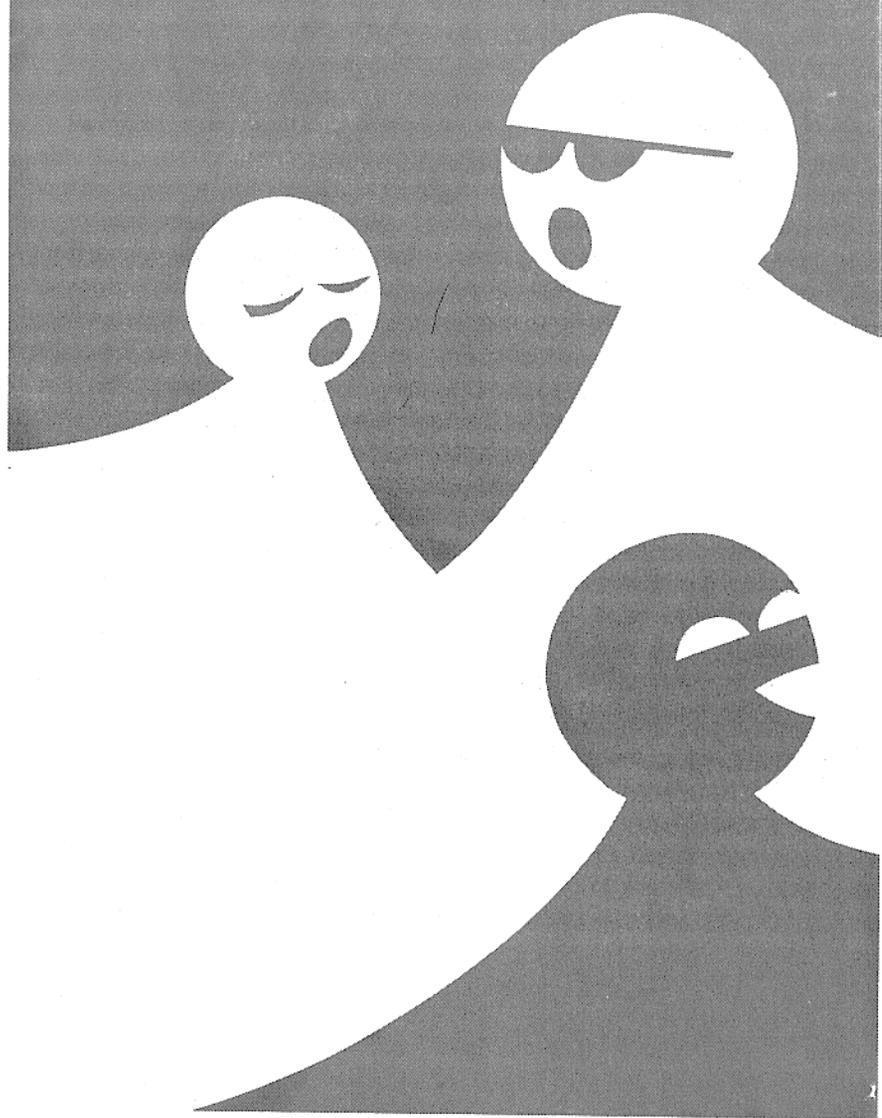


# DISCUSIÓN



## LAS ANTILLAS: ENCUENTRO Y DESAFÍO

*Lic. Rafael Duharte\**

El mosaico de culturas aborígenes que poblaban las Antillas en 1492 nada sabía “de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos enguyendo mundos”.<sup>1</sup> La colisión entre su mundo, que apenas despertaba a la civilización y las sociedades europeas en dinámico tránsito hacia el capitalismo fue catastrófico para él. El antillano José Martí nos ha legado la más bella y exacta valoración de aquel trágico encuentro que tuvo como primer escenario las islas del Mar Caribe.

No más que pueblos en ciernes,—que ni todos los pueblos cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo,—no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su poderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza. Robaron los conquistadores una página al Universo.<sup>2</sup>

El trauma de la derrota desapareció en las Antillas con los propios aborígenes, los cuales no tuvieron tiempo de escribir su Popul-Vhu, y hoy carecen de una presencia física que inspire gestos como la justa proposición de los dirigentes indígenas que el pasado 21 de julio en Quito, Ecuador, a nombre de millones de indígenas americanos acordaron desafiar la conmemoración del medio milenio del Encuentro de Cultura, celebrando “los 500 años de resistencia contra el invasor europeo”.

Los arahuacos y caribes han dejado una huella imperecedera en la toponimia, el léxico, el arte culinario y las técnicas de alfarería y cestería de las Antillas. El

---

\* Investigador, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

<sup>1</sup> José Martí. 1972. “Nuestra América” en: José Martí. *Antología Mínima*, tomo I, La Habana, p. 307.

<sup>2</sup> José Martí. 1972. “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas” en: José Martí. *Antología Mínima*, tomo I, La Habana, p. 387.

casabe, elaborado con la yuca, y las vasijas de barro cocido constituyen verdaderos símbolos del pasado aborigen de la región. Mas hoy la misma impronta aborigen es sólo materia de estudio para arqueólogos, lingüistas y antropólogos y ocasional fuente de inspiración para la literatura y el arte. Un fenómeno interesante lo constituye la corriente ciboneyista que legó a la literatura cubana decimonónica algunos bellos poemas en los que se evocaba la vida de los aborígenes de la isla o se exaltaban las virtudes de Hatuey y Guarina, el cacique de Maniabón y el behique de Yariguá.

Como quiera que la arqueología antillana aún no ha ofrecido un cuadro cabal del universo precolombino, el antillano contemporáneo posee una noción muy imprecisa de esa zona de su pasado. Un caso excepcional en cuanto a la percepción del mundo aborigen ha tenido lugar en la República Dominicana donde el miedo al "peligro haitiano" engendró un mito nacional que intenta proveer de un falso ancestro indígena al dominicano negro y mulato. En un esfuerzo por alejarse del negro, negativamente connotado por la esclavitud y los esfuerzos expansionistas de los haitianos en el siglo XIX, los negros y mestizos dominicanos renuncian a su herencia africana y abrazan una ideología indigenista.

Los términos "indio oscuro", "indio quemao", "indio canela", "indio lavao" y "trigueño" con los que a nivel popular el negro dominicano pretende camuflagear su color, constituyen una prueba feaciente de este intento de negar el ancestro africano a partir de una absurda identificación con el pasado aborigen de la isla.

La temprana extinción de la población aborigen creó la gran escasez de mano de obra que determinaría el otro gran crimen natural que acarreó aquella colisión de mundos: la importación de millones de africanos para trabajar como esclavos en las minas, haciendas, plantaciones y ciudades antillanas.

Este desgarrador trasplante de culturas africanas dio una nueva dimensión al Encuentro y engendró—a largo plazo—problemas aún más complejos e importantes para la zona, que la propia destrucción de los primitivos habitantes de ésta.

El negro y el mestizo, cuyo peso específico es cuantitativa y cualitativamente fundamental en las Antillas, es víctima de un doloroso trauma social; ser negro en sociedades en las cuales hace apenas un siglo éste era considerado una mercancía. Una ojeada a la prensa periódica de la época colonial nos puede aproximar al abismo de degradación en que fue sumido el negro esclavo durante casi cuatro siglos:

Se vende un negrito de 5 años, de muy bonita figura, propio para un regalo o bien para entretener niños, pues es a propósito por ser muy ladino ...

Se vende un negrito de campo, de 15 años, sano y robusto y un burro hecho inmejorable ...

Se vende un negro sano y robusto, como de veinte y cuatro años de edad, con tacha de simple cimarrón, admitiéndose en pago ganado flaco ...

Se vende un hermoso colgadizo en la calle Rey Pelayo, o se cambia por un negro o negra, aunque tenga tachas ...<sup>3</sup>

Es esta terrible realidad la que, en la época colonial, explica que miles de libertos antillanos trataran de “blanquearse” mediante documentos falsos o por medio del matrimonio, porque como dice un viejo refrán cubano de los tiempos de la esclavitud: “el blanco si no da plata, da pelo ...”; lo que explica, un siglo después de abolida la esclavitud, el afán de los negros y mulatos dominicanos de ser “indios”; lo que explica—en suma—el formidable complejo de inferioridad que ha lastrado al negro antillano.

Este complejo también ha generado a lo largo del presente siglo diversos movimientos de respuesta a los patrones culturales racistas, que en la mayoría de las sociedades antillanas sobrevivieron a la abolición de la esclavitud y al arribo de la independencia. En las mismas, junto a ideas nacionalistas y progresistas, generalmente ha estado presente cierto racismo negro. Es el caso de los movimientos Garveyistas y Rastafaris, y de la Negritud.

En el caso de esta última, por ejemplo, el fenómeno presenta un amplio espectro donde coexisten corrientes progresistas que se proyectan hacia una incuestionable desalienación cultural del negro, junto a tendencias francamente reaccionarias que estimulan el racismo negro y la disolución. En un extremo, la Negritud que Henry Bangou calificara como “... una etapa importante en la concientización de la identidad de nuestros pueblos y de la asunción de esa identidad”, y René Depestre define como “... la operación cultural por la que los hombres de piel negra de América, en la búsqueda apasionada de su identidad, tomaron conciencia de la validez de su herencia africana en nuestras sociedades”.<sup>4</sup> En el otro extremo, la negritud que alimenta ideas de retorno al África, sentimientos de racismo o se torna en ideología del duvalierismo.

El hecho cierto y desgarrador es que a cien años de abolida la esclavitud en Brasil—último reducto americano de la infame institución—la huella de la esclavitud sigue lo suficientemente fresca en las culturas antillanas como para justificar tensiones raciales de importancia. El punto exacto que en este momento parece ocupar el racismo en las Antillas puede ser apreciado a partir de dos criterios que norman el matrimonio contemporáneo en algunos países del área.

—El blanco admite al negro como su amigo fraterno, pero no lo quiere como cuñado.

—El negro aspira consciente o inconscientemente a “adelantar” casándose con una mujer blanca.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Colección del periódico *El Redactor*, Archivo Municipal de Santiago de Cuba.

<sup>4</sup> Henry Bangou. 1981. “Ensayo de definición de las culturas caribeñas” en: *Anales del Caribe del Centro de Estudios del Caribe*. La Habana, p. 240.

<sup>5</sup> René Depestre. *La metamorfosis de la negritud en América*.

Estas ideas constituyen un paso de avance con relación a los tiempos de la esclavitud, cuando el matrimonio interétnico estaba prohibido y muchas veces los hijos bastardos del amo blanco con la esclava, sólo lograban los beneficios del servicio doméstico o en el mejor de los casos una manumisión gratuita. Pero muestran por otra parte que a nivel de la conciencia social subyace aún una importante cuota de racismo, lo cual obviamente retarda el cuaje definitivo de las culturas de la región.

Interrogado sobre la situación del racismo hoy en Brasil el escritor Jorge Amado respondió:

Acabamos de celebrar el centenario de la abolición de la esclavitud. Ello quiere decir que hace sólo cien años los negros—o los mestizos en los que dominaba la sangre negra—todavía eran esclavos. La situación ha progresado mucho pero queda un largo camino por recorrer. La división entre blancos y negros corresponde incluso actualmente, en cierta medida, a la división entre los muy ricos y los muy pobres. Es una situación que no favorece precisamente los sentimientos de fraternidad.<sup>6</sup>

Ante esta respuesta, el periodista pidió al escritor una imagen de esperanza y éste respondió: "La imagen del carnaval. Todos esos rubios, morenos y negros que hablan a veces de separación entre razas pero se encuentran, se mezclan, bailan juntos y, por último, se casan ..."<sup>7</sup>

Este agudo análisis del problema étnico en ese pulmón del Caribe que es el nordeste brasileño, es perfectamente extendible a las Antillas, donde el mestizaje también ha progresado, pero aún le queda un largo camino por recorrer.

Medio milenio después de la desaparición de aquellos pueblos en bulbo, las Antillas están habitadas por una pléyade de culturas aún muy jóvenes que se han ido formando a partir del mestizaje de las simientes europeas, africanas y asiáticas sobre el arrasado suelo cultural arahuaco y caribe. Estas culturas han logrado diversos niveles de cristalización. En las Antillas mayores, Cuba y Puerto Rico muestran las cotas más altas de mestizaje cultural, relativamente libres de las tensiones que el racismo ha introducido en los procesos sociales haitiano, dominicano y jamaicano. El proceso histórico cubano, en particular sus guerras de independencia, han gestado una cultura mestiza que constituye un verdadero arquetipo no sólo para las Antillas, sino para el resto del Caribe.

Entre las Antillas menores—a contrapelo de dependencias coloniales y neocoloniales—culturas como las de Martinica, Guadalupe, Curazao, Trinidad-Tobago, Granada, etc., han logrado serios niveles de cristalización que hablan elocuentemente de las potencialidades de estos pequeños pueblos.

En la época contemporánea los antillanos enfrentamos el impresionante

<sup>6</sup> Jorge Amado. 1989. "El deseo de lograr un mestizaje" en: Correo de la UNESCO, julio, p. 4

<sup>7</sup> *Ibid.*

desafío de la Revolución Científico-técnica, el cual entraña peligros para la región, equivalentes a los afrontados por ésta hace 500 años.

Ya no desembarcan en nuestras costas las caravelas de los conquistadores, los airosos veleros de corsarios y piratas o los buques con las bodegas cargadas de negros encadenados; ni siquiera ya las cañoneras yanquis. Ahora son bellos y aerodinámicos navíos repletos de turistas ávidos de nuestras playas y nuestro sol. Y como no hemos desarrollado nuestras economías suficientemente, ni instrumentado vías de integración económica regional, el turismo deviene una industria ideal para la región. Y ciertamente la misma, por nuestras condiciones naturales, resulta idónea; el peligro está en la ausencia de una conciencia del patrimonio cultural lo suficientemente desarrollado y de leyes que protejan dicho patrimonio. El turismo tiende a prostituir las culturas locales si no se establecen los controles adecuados, pues las mismas son proclives a reformularse de manera tal que satisfaga los gustos e intereses del turista extranjero. De esta manera el turismo puede funcionar como un cáncer para las culturas antillanas, de las cuales ya comienza a desaparecer todo lo auténtico para ser sustituido por un "producto turístico". Así se desnaturalizan a pasos acelerados la pintura primitiva, las danzas folklóricas, las costumbres, los juegos y hasta las ceremonias mágico-religiosas del Vodú, la Santería o el culto a Changó.

Esta invasión silenciosa resulta complementada por la televisión y el cine. En países donde apenas existen plantas de televisión, industrias cinematográficas o editoriales; donde no hay una legislación que proteja a los artistas y autores locales de la avalancha de materiales de alta calidad norteamericanos y europeos, los gustos estéticos, los patrones de conducta, las modas y las ideas se imponen a partir de cánones foráneos.

La televisión, en particular, es una suerte de Caballo de Troya que los nuevos invasores nos han regalado, en su interior están las simpáticas imágenes de un mundo ultramoderno y básicamente blanco que tiende a abochornarnos de nuestro color, nuestros corrompidos dialectos, nuestras primitivas prácticas mágico-religiosas; que, en suma, tiende a convencernos de una supuesta inferioridad.

Allí donde la escuela aún no explica suficientemente la epopeya de los caribes, las luchas de los cimarrones y los procesos independentistas; allí donde no se traducen y difunden las obras de autores como José Martí, Fernando Ortiz, Marcus Garvey, Aimé Cesaire, Nicolás Guillén, Luis Palés Matos, Franz Fanon, Ricardo Alegría y tantos otros antillanos ilustres que han enriquecido el acervo cultural de la región, este mensaje puede ser sencillamente devastador.

Ciertamente este pudiera ser un problema más o menos universal, pero lo que constituye un reto para las viejas culturas europeas, en nuestro caso puede significar una encrucijada entre la vida y la muerte. España, por ejemplo, ha estado en condiciones, pienso, de crear los antídotos necesarios para reducir el peligro que la "industria sin chimeneas" representa para su patrimonio cultural y

supongo que ahora estará preparada para su Encuentro con las otras culturas europeas en el seno del Mercado Común. En las Antillas obviamente la situación es muy distinta, allí el Encuentro de culturas, reviste el carácter de una colisión como hace 500 años o comporta los peligros de la absorción cultural que hoy afrontamos.

Actualmente, por razones de carácter económico y político, millones de antillanos viven en las grandes metrópolis occidentales: New York, Miami, Londres, Toronto, París. En estas ciudades se desarrolla un desigual combate en el que las culturas antillanas luchan por ganar espacios propios. Este "encuentro de culturas" que por primera vez tiene lugar a la inversa, ha generado fenómenos tan curiosos como un carnaval caribeño de fuerte acento jamaicano en las frías y neblinosas noches londinenses o auténticos barrios cubanos y haitianos en la Florida. Son estas expresiones elocuentes de la fortaleza de la identidad antillana, en medio de las presiones que sufre el emigrado a quien envuelve una cultura ajena, generalmente hostil.

El historiador puertorriqueño Fernando Picó narra en el prefacio de su *Historia General de Puerto Rico* una anécdota que ilustra las fuertes tensiones que matizan el drama de identidad de la diáspora puertorriqueña en los Estados Unidos.

En 1970, los estudiantes puertorriqueños de la Universidad de Fordham en New York ocuparon la oficina del presidente de la misma para reclamar un curso de historia de Puerto Rico en el recinto universitario de Rose Hill. Fernando Picó asumió dicho curso. Aquí sus comentarios sobre el mismo:

Yo llegaba a la historia de Puerto Rico con muchas preguntas; con las de los estudiantes prospectivos y con las mías. Pero no siempre encontraba en los libros las respuestas a mis preguntas. Estos sí me pormenorizaban los itinerarios de Colón; me relataban incidentes ocurridos día por día durante los ataques británicos a Puerto Rico; me describían los mecanismos institucionales diseñados para regir la vida de Puerto Rico en otro siglo. Pero ni a mí, ni a mis estudiantes nos interesaban estas cosas. Aunque no leían español, ellos se sentían puertorriqueños y querían saber qué era eso de la historia de Puerto Rico. El país que la mayoría sólo había visitado en Navidades les daba la identidad.<sup>8</sup>

La presencia a fines del siglo XX de pequeños islotes de culturas antillanas en el seno de las sociedades norteamericanas, inglesas, canadienses o francesas, constituyen una prueba importante del vigor de éstas, de su capacidad de adaptación. Pero ¿por qué tiempo podrán sobrevivir? Si estos antillanos no conocen la historia de sus países, ni creen en los valores de su cultura, tal vez algún día no sientan ni siquiera remordimientos cuando vean que en los mapas

---

<sup>8</sup> Fernando Picó. 1988. *Historia General de Puerto Rico*, Puerto Rico, p. 11.

elaborados en las grandes ciudades donde ellos habitan, se omiten sus países o estos son definidos como "producto turístico".

El siglo XXI será una centuria de vertiginoso desarrollo científico-técnico, donde las proposiciones que hoy hace la ciencia ficción serán realidades cotidianas. Las jóvenes culturas antillanas que desdichadamente arribaron a ese mundo lastradas por diversas formas de dependencia colonial y neocolonial, barreras lingüísticas, tensiones raciales que obstaculizan el mestizaje y además desunidas, otra vez, como hace 500 años, correrán el riesgo de desaparecer. Así, una región que entró en la historia universal a partir de un crimen natural, pudiera salir de ésta en virtud de otro: la absorción cultural.

Para las Antillas esta gran reflexión universal que motiva el medio milenio del arribo de Colón a nuestras costas, no incluye la idea de efectuar una suerte de contracelebración como la que inspira el proyecto de los 500 años de resistencia contra el invasor europeo. Aquí tal proyecto carecería de sentido, pues nuestros pueblos son el fruto de la fusión dolorosa, pero fecunda de los invasores europeos con otras cimientos llegadas también de lejanas tierras. Lo importante ahora es ver cómo, entre todos, logramos poner la revolución científico-técnica en función de garantizar el salto de las culturas Antillanas a la modernidad, sin sacrificar sus identidades, impidiendo así que nuevamente sea robada una página al Universo.